

que producía algo, que dejaba el recuerdo de algo: "los árboles que no dan fruto, o que no dan madera, o que no dan leña, son inferiores a las patatas". "Cuántos imbéciles, cuántos vesánicos andan por las supercapas sociales, gozosos y satisfechos; y cuántos tan imbéciles y vesánicos como ellos andan llorosos y hambrientos por los bajos fondos de aquella sociedad misma...! Miremos y pasemos, como diría el Dante! Es necesario que lo sepas una vez por todas y para siempre: por cada rido de águilas, hallarás en la montaña mil cuevas de sabandijas; y casi todos los que lloran merecerían ser ahogados en su propio llanto".

El poeta humilde y bueno, en cuya grandilocuencia y arrebatos líricos había una dosis de bondad, de ternura que fueron en él pesadumbre y gloria, padecimientos y triunfos de la razón sobre los bienes materiales aborrecibles, cumplió con su cometido. Lugones, con sus fáciles triunfos, fué descendiendo porque su poesía no resiste la acción del tiempo. Alzafuerte, por el contrario, se eleva. Y es que los hombres se sobreponen a las cosas: lo humano sobre el paisaje; lo real sobre lo abstracto que es la contraposición de la evidencia. El triunfo, sin embargo no queda en el poeta puramente más que por la acción desplegada en hacer poesía del motivo; queda en el hombre, en todos los hombres que parecen desfallecer, luchan y no se dejan morir, porque no pueden

morir, en esta fragorosa batalla que no termina nunca y en la que todos los días somos combatientes y que mediante el dolor y la alegría, el amor y la gloria tan incierta y traicionera en los vaivenes de la vida vamos hamaçando y arrullando la libertad, nuestro más dulce lirismo.

El sentido de la existencia está en "subir, prosperar, en el mejor sentido de las palabras" que no es "encaramarse en los sitios más visibles, como los gatos en las chimeneas y los cuadrumanos en el jardín zoológico en los tinglados de sus jaulas. Subir es evolucionar; evolucionar es mejorarse, es desbestializarse; desbestializarse es adquirir la prerrogativa de ser creído y de ser seguido: asumir el derecho del mando, que es el más alto de los derechos, porque es el que impone más deberes. Como crece un cedro desde su raíz hasta su copa, así debe crecer tu vida; y como se desarrolla una parra hasta cubrirse de racimos, así debe desenvolverse tu persona física y moral; porque nada que no se resuelva en plato de todos vale nada", aconseja el poeta en uno de sus olvidados, para convertirse en moralista. Sus sentencias son cortantes, gráficas y contundentes. Escapan al mero juego de palabras para ir directamente al corazón, tan punzantes como acogedoras.

CAMPIO CARPIO

En Buenos Aires. Agosto 9 de 1949.

El Adivino de Uxmal

Por Ermilo ABREU GOMEZ

(En el Rep. Amer.)

Entre los indios mayas hubo una vez una mujer que tenía fama de bruja. Pero ha de saberse que no era como todas las brujas, una bruja mala. No señor. Todo lo contrario, era una bruja buena, más que buena, buenísima. Además sabía muchas cosas; tantas que, a veces, cuando más necesitaba recordarlas, se le olvidaban. Entonces venían sus apuros; se enfurecía y pataleaba. Puesta a pensar, muy seria, decía:

—Sé que lo sé, pero, ahora, no sé por qué no me viene a la memoria.

Nuestra bruja a nadie negaba un favor ni a nadie privaba de un consejo. Y para hacer un servicio no preguntaba quién era el que se lo pedía. Servía a todos. Por esto las gentes del lugar la querían y la respetaban. Por cariño le decían la *Vieja*. Y ella, aunque mujer, ¡cosa increíble!, no se molestaba de que la

llamaran así. Ella misma acabó por llamarse *Vieja*. Solía decir:

—Esta vieja les dice que un día sucederán cosas de veras muy grandes.

Y si alguien le preguntaba algo más, respondía:

—Pues sólo sabré decirte que estos ojos lo verán y esta boca lo contará y este corazón lo llorará.

Y la gente que oía estos augurios se quedaba preocupada y pensaba para sí: "¿Qué cosas serán esas que van a suceder?" Y ni atancó cabos ni devanándose los sesos daban con el indicio de la verdad.

La *Vieja* vivía, para más señas, en una choza de palma, carrizos y adobes. La choza estaba en los alrededores de una aldea que se llamaba *Kabah*. Esta aldea distaba como dos jornadas de la ciudad de *Uxmal* que todos nombran. Cerca de la choza había un solar acotado por hileras de plátanos, de esos achaparrados que producen frutos blancos y dan hojas anchas y claras. En el solar, que no era ni grande ni pequeño, había un pozo con un brocal; un corralillo con aves; y un jardín con flores y yerbas medicinales. En el centro de la choza había un fogón. Este fogón tenía encima una campana de cal y canto por donde se iba el humo, que se derramaba luego, muy bonito, sobre el techo de la choza. El fogón era el sitio favorito de la *Vieja*. Casi nunca se separaba de él. Lo cuidaba con esmero. Ni de noche dejaba que se apagara pues cuando iba a dormir, ponía ceniza encima de las brasas para que éstas no se consumieran y así duraran hasta la mañana siguiente.

Por esto las gentes que querían hablar con

El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

"LA COLOMBIANA"

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles  
Paseo de los Estudiantes

la *Vieja*, la encontraban junto al fogón. Junto a él recibía a sus visitas y junto a su recuerdo hablaba de las cosas antiguas y de las que estaban ocultas.

De una vez debe decirse que la *Vieja* quería, sobremanera, a los niños. Estaba pendiente de ellos. Los niños lo sabían y por esto, cuando pasaban cerca de la choza, trepaban por los barrotes de la ventana y gritaban:

—¿Qué pasó con el final del cuento, *Vieja*?

Y ya sabían la respuesta: la *Vieja*, refunfuñando, se hacía la enojada; mostraba los dientes, largos como espinas de pescado; sacaba las uñas afiladas, y decía que no quería verlos más y que se los iba a comer crudos y enteritos. Los niños entonces —con los ojos muy abiertos— esperaban que se calmara, porque ya sabían que todo aquello era fingimiento. Y en efecto, al fin, la *Vieja* se acercaba a ellos; les hacía un cariño; abría la puerta de la choza y los dejaba entrar. Entonces los niños le hacían rueda. La *Vieja* se ponía en cuclillas, enarcaba las cejas y esperaba que hubiese silencio. Entonces, con voz dulce, empezaba a contarles historias antiguas. Estas historias eran de veras tan preciosas que los niños se quedaban embobados oyéndolas. Además la *Vieja* las contaba muy bien. Imitaba las voces de los animales, el susurro del viento, pero, sobre todo, el canto lastimero de la *Xtabay*. Al cabo de un rato, con cualquier pretexto, porque maulló el gato, graznó la lechuza, o pasó volando un murciélago, interrumpía su historia y prometía seguirla al día siguiente.

Y en efecto, al día siguiente, después de los preliminares de rigor, la reanudaba y en el cabo de una hilvanaba el principio de otra.

Después de cada relato la *Vieja* regalaba dulces, jarritos de miel, maíz tostado y hasta unos panecillos de yuca que sabía cocinar que era un primor. El que los comía una vez —así fuera persona mayor— los comía siempre y tenía que chuparse los dedos, de puro gusto.

Las gentes mayores, como ya dije, acudían también a la *vieja*. Pero acudían, como es fácil suponer, por otras razones. Unas venían a pedirle consejo sobre cosas de amor; otras sobre la paridera de los animales; otras sobre el tiempo bueno o malo que había de venir. No faltaban, todavía, otras que le consultaban sobre achaques de enfermedades y dolencias. Y algunas más se acercaban a ella,

"EL GREMIO"

ANTONIO URBANO M.

TELEFONO 2157  
APARTADO 480

Almacén de Abarrotes  
al por mayor

San José — Costa Rica